

Percy B. Shelley

Hernán Lara Zavala

Díganme Percy, por favor, Percy B. Shelley o *Shilo*, como me dice aquí, mi buen amigo Byron. También me pueden llamar Shelley el loco, el ateo, el revolucionario, el rey de los elfos, el de las hadas, Oberon, el cristalino, el ángel malo o el ángel de la muerte (esa muerte que siempre me ha acompañado y me acompañó a lo largo de mi breve vida: Harriet, Isanthe, Fanny, William...). Ahora, si lo prefieren, díganme Ariel o Prometeo. Soy todos ellos y aun más.

Tuve la desgracia de ser nieto de un *baronet*, Sir Bysshe Shelley. Supongo que ustedes no ignoran lo que eso significa en Inglaterra, pero la verdad es que para mí ha resultado una verdadera monserga. Supuestamente soy rico, noble y aristócrata: de buena prosapia, con fortuna y hasta educación. Pero soy rico sin dinero, no como tú, mi querido George. No tengo dónde caerme muerto y siempre me encuentro en la quinta pregunta pero eso sí, tratando de ayudar a todos mis amigos, todos deudores, aunque los agiotistas le hinquen el diente a mi presunta herencia para cobrarme leoninamente: soy rico sin prestigio y heredero sin un penique. Soy pobre de fortuna y rico, gracias de espíritu.

Mírenme: delgado, frágil, alto, aunque un poco cargado de espaldas, de tez rosada, cabellos largos y alborotados, ojos azules y resplandecientes. En mi corazón palpita la justicia, la poesía, la libertad. Algunos dicen que soy el más apacible de los poetas, el menos egoísta. No lo sé, pero yo me considero independiente, rebelde y etéreo. Así nací: me gusta vivir peligrosamente, con coraje y como único apóstol de mi propia soledad florida. Mis territorios son el alto de los cielos donde sólo vuelan las más intrépidas aves, los mares procelosos en los que bogan las más frágiles embarcaciones, los fuegos infernales para liberar a Prometeo y los vientos huracanados que juegan con la muerte.

¡Espíritu salvaje que se mueve incesante,
que destruye y preserva; Oigan por favor oigan!

Soy, simple y llanamente, un poeta lleno de metáforas y metafísicas. Mis inquietudes son desaforadas pero estoy siempre dispuesto a librar las más inverosímiles batallas o las más violentas tempestades por las causas justas. Mi corazón desorbitado, loco y pletórico de energía se encuentra colmado de amor por la libertad. Dicen que tengo ciertos instintos suicidas... Tal vez porque —contrario a ti, querido Lord Byron, que eres un consumado nadador— no sé nadar, ni siquiera flotar, pero, al igual que a ti, me fascina el mar y la locura de la navegación. ¿Recuerdas aquel día en el lago de Ginebra que nos sorprendió una tormenta a bordo del entonces Don Juan? Todo parecía indicar que nos íbamos a pique y ya te desnudabas dispuesto a saltar por la borda cuando me viste en la barca con los brazos cruzados, impávido y te echaste a reír a causa de mi sangre fría.

Pero vayamos por partes: yo soy el esposo de esta bella y talentosa mujer aquí a mi lado: Mary, mi Mary, mi única esposa, Mary Shelley, tan orgullosa de la conjunción de nuestros dos nombres, hija de mi preceptor William Godwin, así como de su madre, la luchadora y revolucionaria feminista Mary Wollstonecraft: Mi Mary, la única hija que tuvieron el genio con la genio. Mi inolvidable Mary, mi gran mujer, frente a quien, pese a mi intenso fervor, flaqueé con otras mujeres en busca de la parte insondable de la belleza femenina, que tanto me inquieta y me subyuga. Y a pesar de ello, querida Mary, y de todos los infundios, siempre creíste en mí.

Estudié en Oxford, en University College, como mi propio padre, Sir Timothy Shelley, miembro del parlamento y hombre rico e influyente en la política y en los negocios. Como egresado del mismo College él me acompañó a Oxford y abrió una cuenta en la principal librería para que yo tuviera crédito ilimitado y adquiriera los libros, papeles, tinta y plumillas y, en caso dado, que pudiera hasta publicar lo que me viniera en gana. Qué maravilla: un cuarto independiente en los claustros de una de las más ilustres universidades del mundo donde yo

me sentía más que privilegiado y absolutamente libre para vivir a mis anchas: ir o no a los cursos, disponer de mi tiempo como me viniera en gana: leer, escribir y estudiar: literatura, filosofía, medicina, química, electricidad, mineralogía, la *Biblia* y la estricta configuración del cuerpo humano. Estaba interesado en indagar de dónde provenía la chispa de la vida para probar, de una vez por todas, la ausencia de Dios.

Debido a mi odio hacia la intolerancia, la burocracia y las ideas anquilosadas, leí *Political Justice* de William Godwin, libro que me cambió la vida. Bajo la influencia de Godwin me atreví a redactar y a editar un panfleto titulado *La necesidad del ateísmo*. Llegué a la librería de la universidad cargado de mis ejemplares y se los entregué al dueño para su venta, firmados con el seudónimo de “Jeremy Stukeley” y le pedí que los exhibiera en la vitrina de novedades: el panfleto costaba seis peniques.

Siempre me atrajo la palabra *ateo*: provocadora y disidente, tan acorde con mi propia personalidad. Por eso en la “advertencia” del panfleto me atreví a afirmar: “Ya que el amor a la verdad es el único fin que ha llevado a la redacción de este pequeño tratado, el autor del mismo ruega... a aquellos lectores que encuentren alguna deficiencia en sus razonamientos... la den a conocer públicamente... tan pronta, metódica y francamente como su libertad se los permita”. Y, a falta de pruebas, firmé: UN ATEO.

El panfleto se convirtió en una auténtica revolución e hizo estallar una bomba contra la moral y las buenas costumbres de Oxford. Me llevaron a juicio y salí expulsado de la universidad cuando apenas tenía 18 años, lo cual conllevaba, naturalmente, el rompimiento frontal con mi familia, que tantas esperanzas había depositado en mí. A partir de ahí mi padre se negó a darme un penique más en la vida y la gente empezó a conocerme con el mote de “Shelley el ateo”.

No contento, un poco después me atreví a escribir otra apología: “Manifiesto por los irlandeses”, con objeto de emancipar a los católicos y mejorar sus condiciones de vida y reivindicar a su triste y explotado país. Fui a presentarlo a la “Isla verde”, pero el resultado fue una rechifla generalizada por parte de los irlandeses que lo último que deseaban era que un noblecito inglés viniera a decirles qué hacer.

Me casé por primera vez a los 19 años. Reconozco, no obstante, que no fue por amor. Yo ya vivía en Londres, y era amigo de la familia de Harriet Westbrook, chiquilla de 16 años, muy bien formada, de cabellos castaños y de hermosa carita, cuyo padre quería obligarla a regresar a una escuela que ella deploraba. Harriet me confió que prefería matarse antes de volver a esa cárcel a la que su padre la quería enviar. Para mí el matrimonio era tan odioso y detestable como los reyes, sacerdotes y políticos. Instituciones como el comercio y la religión católica re-

presentaban los grandes traumas de la humanidad. Soy un escéptico que cree en el amor libre, en la tolerancia y la justicia, como lo plasmé en mi poema *Queen Mab*. Detesto el egoísmo, provenga de donde provenga. Pero ante la angustia que Harriet padecía le propuse que nos largáramos de Inglaterra, lejos de sus padres y de los míos, aunque nos tuviéramos que casar. Ella tenía 16 años, yo 19. Nos fuimos a Edimburgo y ahí celebramos nuestra juvenil boda entre los comerciantes de la ciudad que, al calor de las copas, me advirtieron: “la costumbre aquí es que los invitados a la boda suban a medianoche a la habitación a bañar en whisky a la recién casada”. A lo cual yo simplemente contesté: “al primero que ponga un pie en nuestra alcoba le vuelo la tapa de los sesos”.

Pero el amor llegó a mi corazón el día en que apareciste tú, Mary Shelley. Harriet y yo visitábamos con frecuencia a tu padre en Skinner Street, para conversar y hablar de ideas y de libros. Ahí conocí a tu madrastra y a tus medias hermanas, Fanny y Claire. Tú no estabas, te habías ido de viaje a Escocia. Empecé a frecuentar a tu familia hasta que un buen día llegaste. El mundo cambió definitivamente para mí: eras hermosa e inteligente, con unos ojos color avellana, graves y dulces. Poseías esa rara mezcla de belleza y heroicidad que es lo que más me puede atraer de una mujer: eras delicada, seria, sensible, inteligente, culta y, aunque adorabas a tu padre, no te llevabas bien con su actual esposa. Te regalé mi *Queen Mab*, lo leíste con devoción. Empezamos a frecuentar por las noches el cementerio donde estaba enterrada tu madre, Mary Wollstonecraft, en cuya tumba leíamos, conversábamos y meditábamos hasta altas horas de la noche. Nos enamoramos a pesar de que yo era casado y Harriet, mi esposa, estaba encinta. Así que, una vez más, no encontré mejor solución que fugarnos, junto con tu hermana Claire, primero a Francia y después a Suiza.

Ese fue el verano en que nos conocimos, querido Byron, Lord Byron, Byron, el Peregrino, Don Juan, mi hermano, mi amigo, que hicimos generación junto con John Keats, nuestro Adonis, el primero de nosotros en morir y al que pronto seguiríamos. Fue en 1816, en el lago de Ginebra en Suiza, gracias a Claire que, interesada en ti, te mandó un anónimo en el que decía: “Estaré dispuesta a ofrecerle aquello que ha sido el apasionado deseo de mi corazón”. Y así ocurrió: Claire acordó una cita contigo en las afueras de Londres y se hizo tu amante.

Tanto tú como yo logramos huir de Inglaterra. Yo, a causa de mis deudas con mis acreedores y del acoso de Harriet y de Godwin, pero deliciosamente feliz de estar por fin con Mary. Tú a causa de las impugnaciones de sodomía con tu mujer, de tu separación y del incesto con Augusta, tu media hermana, y huyendo también de Claire, a quien ya no querías ver.

Pero ni Mary ni yo te conocíamos aún. Éramos vecinos en Ginebra. Tú habías alquilado una residencia llamada Villa Diodati, que alguna vez ocupara Milton. Venías acompañado por el doctor William Polidori, que trabajaba como tu amanuense. Nosotros, Mary, su hermana Claire y yo, vivíamos en una casita de dos pisos que daba al lago, cerca de ustedes. Nuestro encuentro se dio un día que Polidori y tú remaban en el lago. Claire, que estaba muy pendiente de ti, los vio a lo lejos y aprovechó la oportunidad para pedirnos a Mary y a mí que camináramos por la playa. Desembarcaste mientras Polidori se quedaba a cargo de la lancha. Ahí nos presentaron a pesar de que ya nos habíamos leído y sabíamos uno del otro. Polidori sintetizó así nuestro encuentro: “Conocimos a Shelley, el autor de *Queen Mab*: tímido, discreto, tísico: tenía 26 años [me vio mayor de lo que era] y estaba separado de su esposa. Viajaba con dos de las hijas de Godwin poniendo en práctica sus teorías”. Tanto tú como yo, Byron, estábamos un poco a la expectativa: yo muy formal, tú un tanto distante aunque esa noche me invitaste a cenar a solas contigo. Escribías entonces el tercer canto de *Childe Harold’s Pilgrimage*, que te había hecho famoso de la noche a la mañana. Lo leí, emocionado.

Durante ese verano frente al lago navegábamos juntos en el lago y, durante las noches, nos reuníamos a leer historias macabras, sobrenaturales y de terror. Nos gustaban y nos inquietaban. Ahí se afianzó nuestra amistad y una noche de lluvia, mar, viento, oscuridad, frío, tedio, miedo y profunda curiosidad, de repente propusiste, *my dear old Georgie*: “¿Por qué no escribimos cada uno de nosotros un cuento de fantasmas?”. Mary tuvo una idea de inmediato: imaginó a un joven estudiante frente a un monstruo creado por él durante años en el preciso instante en que abría “el indolente ojo amarillo...”. ¡Ahí estaba la historia! ¡El despertar del monstruo! ¡el inicio de una vida creada artificialmente por el hombre sin necesidad de intervención divina! Te llenaste de horror, Mary, pero a la vez la idea te obsesionó y te persiguió durante muchos días y muchas noches. William Polidori tuvo a bien escribir un relato llamado *El vampiro*, inspirado en una alucinación que me produjo *Christabel*, el gran poema de Coleridge. Pero tú comentaste, Mary: “El pobre Polidori escribió sobre una mujer cuya cabeza era una calavera que había sido castigada por mirar por el ojo de una cerradura”.

Después de esa reunión cada quien se llevó consigo su idea para trabajarla. Byron integró su relato al poema *Mazeppa*, tú, Mary, habías pensado en principio en escribir tan sólo un cuento breve pero yo te animé a que intentaras una historia más extensa y ambiciosa. Te ayudé con las cuatro cartas introductorias que abren la novela en una suerte de homenaje a mi poema favorito de Coleridge, *The Rime of the Ancient Mariner*. La novela



Alfred Cint, Percy Bysshe Shelley, 1819

no se publicó hasta 1818. Fuiste la única que cumplió cabalmente con la propuesta de Byron. Cuando en 1831 escribiste sobre la génesis de *Frankenstein*, mi muy amada Mary, te refieres a mí como “el compañero que no volverás a ver en el mundo”. Yo ya estaba muerto.

A la novela que escribiste, Mary, la titulaste *Frankenstein o el moderno Prometeo*. Su tema es la revolución de un monstruo en contra de su propio creador, como fue también el caso del personaje Victor Frankenstein frente a Dios. A mí me recordaba la persecución del mal que se había convertido en una de mis grandes obsesiones. Había que perseguir al monstruo hasta el fin del mundo.

Hasta aquella tan aciaga como esperada tarde en que mi amigo Edward Williams y yo salimos a navegar a bordo del Ariel (antes Don Juan) en el Golfo de La Spezia, cerca de Livorno, donde una tormenta nos sorprendió y nos fuimos a pique.

Luego de varios días dieron con mi cadáver. Byron se quedó totalmente desconcertado al ver mis restos: “parecen más la carroña de un cordero que el espíritu volátil de Ariel”. Fui incinerado y, dice la leyenda, mi corazón, de talla extraordinaria, fue lo último en consumirse. Byron se echó a nadar: “Vamos a probar —dijo retadoramente— las fuerzas de estas aguas”. Y se internó mar adentro.

Al enterarse de mi muerte alguien escribió: “Shelley, el poeta, ha muerto. Ahora sabrá si hay Dios o no”. Pero déjenme confesar, de una vez por todas, ahora que estamos aquí reunidos los mismos cuatro del verano de Byron, entre las llamas del infierno. Mary escribió la novela pero Victor Frankenstein, el estudiante, y Frankenstein el monstruo, víctima y victimario, soy yo.